

EL COMERCIO presenció el concierto del dominicano en la plaza de toros de Málaga

Juan Luis Guerra, ritmo a fuerza de merengue

● Con un completo espectáculo, el cantante ha logrado mejorar sustancialmente la calidad del sonido

Poco, muy poco, tiene que ver el Juan Luis Guerra que, la pasada semana, inició su nueva gira por España al calor de su nuevo disco «Areito», con el que hace dos veranos tuvimos oportunidad de ver en directo en el campo municipal de Las Mestas, en Gijón. Aquel concierto no dejó muy buenos recuerdos entre los seguidores del cantante dominicano ya que un elemento tan importante como el sonido, fue decepcionante. Se podría decir más, pareció, entonces, que la gira le vino grande a Juan Luis Guerra y que hasta él mismo se sorprendió cuando se vio delante de más de treinta mil personas en el recinto deportivo gijonés. Las cosas, sin embargo y como decíamos con anterioridad, han cambiado bastante. EL COMERCIO presenció en la plaza de toros de La Malagueta, en Málaga, el primer concierto de la nueva gira del cantante dominicano por España, espectáculo en el que quedó de manifiesto el esfuerzo realizado para conseguir mejores niveles de calidad en un tipo de música, la salsa, el merengue, que necesita verse acompañado de los matices, no sólo de la voz del cantante, sino también de los timbales, de la percusión, de los instrumentos de viento y hasta de los coros. Juan Luis Guerra, al calor de la noche malacitana, trató de poner las cosas en su sitio. Demostrar que no es cierto lo que muchos han dicho después de su pasada gira por España, la de 1991, de que se trataba sólo de un cantante de disco, con evidentes lagunas en el directo. No es gran intérprete, ni dispone de un portento de voz, pero la música de salsa, su estilo personal, no exigen una disponibilidad de voz similar a la de las grandes estrellas de la ópera. El ritmo suple, con creces, esas supuestas deficiencias y, a tenor de lo visto en su concierto de Málaga, el personal se lo pasa en grande.

ALTA TEMPERATURA Y ESCENARIO DESCUBIERTO

A las ocho de la tarde, dos horas y media antes de iniciarse el concierto de Juan Luis Guerra en La Malagueta, y bajo un sol y un calor de justicia, centenares de jóvenes y no tan jóvenes guardaban cola a las puertas del bello coso malagueño. Había satisfacción en la compañía promotora del espectáculo. En la mañana del mismo sábado, día del concierto, ya habían sido vendidas ocho mil localidades. Luego, en el concierto, la plaza de toros casi se queda pequeña ya que su capacidad para espectáculos musicales es de doce mil personas y, según la organización, había once mil dentro del coso. Al contrario de lo que suele suceder en Gijón, los espectadores que lograron entrar en la plaza en los primeros lugares pasaron a ocupar plaza en la grada y en las dos hermosas andanadas del coso. Luego, poco a poco, se fue completando el ruedo y ya en el momento del concierto, el lleno era casi total. Los espectadores tenían evidente ganas de pasárselo bien. Comenzaron a sonar las palmas a ritmo de sevillana y, después de algunos intentos, se formó la tradicional «ola» en las gradas. Pasaban unos minutos de las diez y media de la noche y el personal empezó a intranquilizarse, aunque corrían las cervezas como el agua, para tratar de paliar la alta temperatura nocturna, bastante por encima de los veinte grados centígrados. La temperatura también crecía por momentos en el coso.

Una de las ventajas del Sur, de su tiempo veraniego, es la mayor facilidad para montar los escenarios. El de Juan Luis Guerra era más bien simple, totalmente descubierto, ubicado, como en Gijón, de espaldas a un bonito patio de cuadrillas. La mesa de mezclas, en el medio del ruedo, también estaba descubierta. Luego, a ambos lados del escenario, la torres de sonido y dos pantallas de vídeo, adornadas todas ellas por la publicidad, por cierto bastante poco discreta y más bien escandalosa, de la marca de refrescos que promueve la gira del cantante. Tan evidente es su presencia que, como si de un programa televisivo se tratase, ante de comenzar el concierto, y con las luces de la plaza apagadas, la primera imagen de las dos pantallas fueron los anuncios publicitarios de rigor. Hubo pitos entre la concurrencia que lo que estaba deseando no era, precisamente, alardes publicitarios. Hablando del escenario, quizás por ser una producción de plaza de toros, era tan pequeño que, por momentos, casi no entraban en el mismo la veintena de personas que

forman parte del espectáculo. Los seis miembros de la sección de viento, ataviados con extrañas americanas, parecían tener que pedirse permiso entre sí para moverse.

Y COMENZO LA FIESTA

Eran las once menos cuarto de la noche cuando Juan Luis Guerra salió al escenario. Fue recibido en olor de multitudes y el espigado cantante comenzó atacando uno de los temas más populares y con más gancho de su último disco, el titulado «El costo de la vida». A su derecha, sobre el escenario, los 4.40, es decir, Adalgisa Panteleón, Roger Zayas-Bazán y Marcos Hernández que, además de los coros, también tuvieron en el concierto oportunidad de lucirse como solistas, siendo especialmente aplaudida la componente femenina. Salió el dominicano y fue como si un resorte hubiera puesto en marcha a su banda y a los espectadores. Juan Luis Guerra se colocó la simbólica máscara antigua y los 4.40 comenzaban a hacer un alarde, no sólo de ritmo, sino también de resistencia física ya que, salvo en los temas melódicos, no pararon en todo el concierto.

Uno de los retos, quizás el que más preocupa al propio Juan Luis Guerra, era comprobar la calidad del sonido. Es evidente que potencia tiene (afirman que 70.000 vatios), pero sonaba muy empastado, con los graves muy dominantes y con escasas posibilidades de apreciar la voz del cantante. Luego, poco a poco, fue mejorando y encontró sus mejores temas como «Señales de humo» o «Burbujas de amor», ya con más de una hora de concierto consumida. Con pantalón negro y camisa blanca, aunque sin sombrero, que luego recuperaría, a Juan Luis Guerra no le costó demasiado hacerse con un público que tenía entregado de antemano. Después de «El costo de la vida», entonó «Ay Rosalía» y una peculiar versión del «Woman del Callao», que inició con ritmo cadencioso, casi vacilón, para terminarla con una explosión de toda la banda. Para entonces, el público ya había coreado el tradicional «oé, oé, oé» y aquello de «torero, torero», en medio de la evidente complacencia del cantante.

Siguió, casi sin pausa, interpretando temas de su repertorio, intercalando algunos de discos anteriores, caso de «Visa para un sueño», con otros de su disco «Areito», que interpretó casi por entero, como el tema que habla de la «Coronita de flores». La que podría considerarse como primera parte del concierto, más que nada porque Juan Luis Guerra se tomó un leve respiro, la cerró, cómo no, con «Ojalá que llueva café» y con «Señales de humo», siempre siguiendo el criterio de intercalar temas nuevos y viejos y de darle una continuidad al espectáculo.

LA BILIRRUBINA Y TRES BISES

A las doce menos cuarto, después de una breve incursión de los 4.40, volvió Juan Luis Guerra, esta vez con chaqueta roja, la que utiliza para sus fotografías de estudio, y con sombrero. Esa es la imagen que prefieren sus seguidores y con ella interpretó esa bella canción en la que el dominicano dice que quisiera ser un pez, la conocida «Burbujas de amor». Muchas parejas en el ruedo se marcaron un «agarrao» y todos hicieron los coros. Fue uno de los temas más aplaudidos del concierto y, también, coincidió con una sustancial mejora del sonido, refrendada en otra balada del último disco, titulada «Cuando te beso». Hubo, después, desenfrenados ritmos africanos y un tema que, se nos antoja, por muchos que componga Juan Luis Guerra, será difícil de superar en aceptación: «La bilirrubina». Fue la locura. El público, de pie en las gradas, bailaba de manera desenfrenada. Fue, como quien dice, el final del concierto ya que, aunque hubo más canciones, hasta un total veintitrés, incluidos los tres «bises», el tono elevado del concierto, la temperatura ambiente, fue descendiendo. Se fue a la una menos cuarto de la madrugada y volvió para cerrar con tres temas, entre ellos el poema musicado de Federico García Lorca «Frío, frío». Fue contrapunto a un concierto en el que si algo no faltó fue calor, musical y ambientalmente hablando y que, justo una semana después, este sábado, tendremos oportunidad de ver en Gijón. Será, sin duda, una gran fiesta para los «salseros».

Andrés PRESEDO

